



Historia y uso crítico del lenguaje

Hugo Zemelman Merino*

Cuestiones de enfoque

Cuando hablamos de historia necesariamente hablamos de quienes la construyen. De los espacios de su construcción que lleva a distinguir desde las acciones cotidianas a las acciones sociales como las revueltas y revoluciones, que se vincula con el hacer y el deseo de ese hacer. Algo así como la acumulación de futuros no resueltos que esperan estallar, lo que algunos historiadores como Katz han llamado “historia de abajo”, conformando el espacio donde se constituye la relación entre historia y vida.

Lo anterior obliga a reexaminar la historia como experiencia donde tiene lugar la constitución misma de los sujetos, en cuyo espacio se puede constatar la recuperación de la vida como esperanza o como utopía. Y que hace necesario trascender los límites de las lógicas de cambio para recuperar todo aquello que ha quedado oculto o desplazado por la palabra progreso. Como ha señalado Gilly (2010), la necesidad de recuperar los modos de vida, las expectativas frustradas, toda esa “genealogía transmitida por las generaciones sucesivas como experiencia y como herencia material: sentimientos, maneras de estar juntos, imaginaciones, costumbres, mundos de la vida.”

Por eso, el lugar del pensar histórico esta dado por ese hacer que se enfrenta con la necesidad y voluntad de construir un nuevo orden. O, como ha sostenido Thompson, recuperar “estados de conciencia y textura de las relaciones sociales y domésticas” que no solamente nos enfrenta con el devenir histórico, sino fundamentalmente con el devenir del propio sujeto: con su estar-estando como la condición *sine qua non* para hablar de la historia como experiencia y construcción de futuro.

En verdad, si la historia es un constante estar pasando, que conlleva el siempre estar-estando del sujeto, pero el lenguaje tiende a fijar un orden en términos de significados, enfrentamos el problema de que este no nos oculte ese movimiento detrás de la seguridad de sus propias aseveraciones de carácter concluyente.

Pero hablar sin el atractivo de lo claramente establecido aparentemente no responde al modo correcto del hablar científico; de ahí la tendencia a la afirmación de

* Director General del Instituto “Pensamiento y Cultura en América Latina” (IPECAL), México.



propiedades antes que a destacar el esfuerzo por reconocer la necesidad pertinente de aquellas. Más aun, cuando lo que está en juego no es simplemente una objetividad externa al sujeto, susceptible de constatarse, sino el reconocimiento, en las propias estructuras, o instituciones, de los espacios para la intervención del sujeto.

Desde esta perspectiva, no se puede de dejar de considerar, en la construcción de enunciados, la búsqueda de significados que respondan a necesidades de sentido para la conducta, individual o social; por eso, la importancia de distinguir entre esta búsqueda, que se puede expresar en una serie de preguntas iniciales de la investigación, y el momento de la organización de contenidos que implican denotaciones que puedan ser corroborables.

En la práctica, lo que decimos requiere tomar en cuenta la presencia de mayores o menores espacios de intervención, en el marco de las estructuras o instituciones o que equivale a tomar conciencia de horizontes históricos en los límites de las circunstancias dadas.

En este sentido, se plantea la necesidad de una lectura del contexto que responda a la exigencia de una lectura articulada de las circunstancias, lo que supone reconocer la situación en la que el sujeto está ubicado, en forma de organizar el pensamiento desde estas exigencias, que, como tales, cumplen la función de permitir enfrentar posibilidades potenciadas, en tanto las concebimos como espacio de despliegue del sujeto. Y que obliga a tener que controlar la tendencia a construir discursos con predominio de la adjetivación antes que dar cuenta de su necesidad histórica. Ello significa dar importancia en la lectura de las circunstancias lo que expresa un sentido de construcción desde una necesidad histórica, no limitándose simplemente a constatar hechos como objetivamente dados.

Desde esta perspectiva epistémico-metodológica los conceptos responden a exigencias de despliegues que corresponden al movimiento de lo dado, lo que obliga a pensarlo desde su movimiento interno como planteaba Gramsci.

A partir de la premisa de que lo que entendemos como realidad objetiva es una construcción, que puede mostrarse desde diferentes ángulos, "lo objetivo" será siempre función de un proyecto de construcción; por consiguiente, hay que subordinar la capacidad de formular aseveraciones a la necesidad de la situación desde la cual se construyen. De lo que se desprende que lo que entendemos como presente resulta una constelación de realidades que surgen de la convergencia-divergencia concomitante entre diferentes posibilidades de construcción, según múltiples sujetos.

En consecuencia, los conceptos no son estrictamente atributivos de propiedades, pues refieren a posibilidades de darse que se contienen en lo denotado; por lo tanto, hay



que tener en consideración el desajuste entre los conceptos y lo denotado por estos, en tanto denotable, pues lo denotado en esta argumentación no se agota en sí, en la medida que implica lo posible: el nombre es también lo nombrable.

Es así como se plantea la necesidad de una lógica que arrastre al sujeto, como el caso de las matemáticas, más allá de sus prejuicios y parámetros, en vez de inmovilizarlo en seguridades que lo llevan a reducir lo emergente a lo ya definido con claridad. Nos referimos a la trampa que plantea no saber abordar las tensiones que inevitablemente están surgiendo en la relación entre estructura y procesos, o entre lo dado y lo dándose, o entre lo instituido y lo instituyente. Ya que lo que subyace es la articulación entre lo sincrónico y diacrónico en un mismo momento, o bien la relación sincronía y diacronía pero en la perspectiva de la secuencia de momentos. Su importancia reside en que son articulaciones que, no solamente representan desafíos para el pensamiento, sino, además, constituyen los espacios de actuación de los sujetos; por lo tanto, conforman la realidad social misma.

Desafíos

Dos son los desafíos que se desprenden de lo que decimos: la construcción de la autonomía del sujeto; y la transformación de esta autonomía en capacidad de construcción. Y qué interpretamos como un pensar y escribir desde lo político, lo que implica hacerlo desde la experiencia de cómo hemos sido determinados por la historia, pero también de cómo nos hemos enfrentado a ella. Pensar desde lo político representa el esfuerzo por recuperar la raíz que nos hizo nacer, que puede enriquecernos o empobrecernos. Es separarnos de la seguridad del nombre repetido por haberlo heredado, estar fuera y preguntarnos qué nos nombra y cómo seguir nombrando aquello que nos invade y sorprende con meras exigencias.

Es por lo que decimos que lo político representa la posibilidad de pensar desde la comprensión de lo que somos por estar con otros y ante otros, en forma de fortalecer la capacidad de estar más allá de lo inmediato. Y así estar atentos a lo nuevo, que es vida, recuperando la capacidad de avizorar tanto como la de hacer historia socialmente. Ello reclama una nueva conciencia y un nuevo lenguaje que se abra a un sentido de vida, pero, a la vez, que contenga la visión de opciones de vida como ampliaciones del campo de la conciencia en tanto posibilidad de nuevas experiencias posibles. Son las opciones que se corresponden con la construcción desde exigencias valóricas.



Lo político deviene en un ángulo central del pensamiento social en tanto es parte de la política de la intervención, ya que se corresponde con organizar al pensamiento con base en la exigencia de “romper con las formas cerradas y ensayar formas abiertas” (Wizisla, 2007: 163); aunque, más especialmente, plantea no “confundir ejercer influencia con la incorporación a un compartimiento de poder al que hubiera que sacrificar el pensamiento y la actividad creadora” (ibid: 164), ya que el pensamiento político se corresponda con el movimiento de la cosa (la realidad externa) y del propio sujeto y que se traduce en preguntas, como las que en la década de los treinta se formulara Brecht, respecto de si efectivamente “estamos en el río del acontecer”, o bien “si estamos conforme con todo lo que deviene”; lo que sugiere interrogantes como aquella de ir aún deviniendo; y que se expresan en una forma de escritura centrada en la necesidad de lo que refiere a contornos de posibles horizontes para el despliegue del sujeto.

Podemos decir con Benjamin (1999: 205) que acaso sea “la tentación” de poner la hipótesis en el comienzo lo que constituye el “abismo de todo filosofar”; pues ningún concepto exterior se deja delimitar con claridad, en relación con el de hombre actual: entre el hombre que obra y el entero mundo externo, hay más bien una interacción recíproca, en la cual los círculos de acción se esfuman el uno en el otro... “Lo que el hombre actuante habla como dato, puede ser reconocido en último término, en la medida en la que se desee, a su interior, y su interior, en la medida en que se desee, a su exterior... como en Nietzsche cuando dice “quien tiene carácter tiene también una experiencia que siempre vuelve”.

De ahí que sea necesario recuperar la problemática de la racionalidad desde fuera de los territorios que han arrebatado su discurso, como la filosofía y la ciencia, de modo de volver la mirada a lo que es su naturaleza y alcances, pero desde este nuevo espacio; el espacio configurado por lo político como el propio del hombre en su realidad social que es mundo.

Es posible que este nuevo ángulo sea parte del esfuerzo por ampliar los límites de la racionalidad, así como de abordar los problemas del lenguaje asociados con esta ampliación. Por eso, el lenguaje del pensar político no es el mismo que el lenguaje del pensar desde la filosofía y la ciencia. Pues, desde lo político aparece un nuevo punto de apoyo, de naturaleza no parmenídea, para desarrollar el discurso y práctica de una racionalidad congruente con la condición humana como responsable de que la historia es una construcción de los hombres.

En efecto, si la realidad es una visión transformada en posibilidad de espacios compartidos, resulta entonces determinante el ángulo que implica esa visión inicial que puede ser valórica o ideológica. Por cuanto, a diferencia de lo que pudiera ser el caso, el



tiempo y el espacio no se imponen conformando a lo real; por el contrario, lo real deviene en una función de la necesidad de realidad que resulta de determinadas dinámicas constitutivas, propias de una situación de relaciones en la que tiene lugar una interacción de relaciones entre sujetos. En consecuencia, la importancia de la visión que emerge desde los sujetos que interactúan, pero que hay que diferenciar de los que estos mismos sujetos requieren en el plano de sus relaciones: estructura, instituciones, espacios sociales, lo que plantea una doble problemática: a) lo que estos espacios sociales estructurados determinan sobre los sujetos; y b) lo que surge como necesidad desde sus propias relaciones, pero que, a su vez, plantea condiciones sociales para su propio desenvolvimiento. Lo que significa no reducir la mirada sobre los sujetos a las determinaciones que los conforman, sino además hacerlo desde sus propias dinámicas constituyentes. O, como diría Castoriadis, desde su movimiento magmático, que, en otras palabras refiere a la autonomía social constituyente respecto de sus determinaciones, lo que se corresponde, en otro plano, con la discusión acerca de que los hombres no lleven su potencialidad como inercia que los aplasta, sino más bien como parte de la voluntad de vivir.

Desde lo que decimos, se puede abordar la problemática del contexto social en cuanto representa el desafío para recuperar a lo establecido, como orden dominante, desde su propio movimiento; para lo cual se requiere recuperar la dinámica misma del sistema de relaciones desde donde se organiza el pensamiento. De este modo, la mirada no llega a confundir la claridad de los objetos determinados con las exigencias asociadas a lo invariante, que es lo que pretende la lógica dominante para ocultar su historicidad.

En esta dirección, el pensar político cumple la función de reconocer los espacios que se ocultan en lo estructurado, de manera de no reducir las teorizaciones a contenidos cristalizados, lo que dificulta la capacidad para formular conjeturas. Es lo que hace necesario descomponer los discursos organizados y sistémicos, con toda su coherencia interna, en forma de poder explicitar la potencialidad que se contiene en lo estructurado.

Se trata de trabajar, no en términos de estructuras, sino desde las exigencias de composición de situaciones, pero asumiendo la variación de los parámetros de observación, y, en consecuencia, de pensamiento, en la medida que se pretende superar la tendencia a pensar en lo inmutable, en lo que no cambia, sino en lo potenciable. Desde esta perspectiva, lo indeterminado representa el “es” necesario de determinarse, como lo propio de la potenciación, en lugar del discurso de objetos delimitados como el de la demostración o de la contrastación. Subyace la idea de la articulación que entrelaza procesos, articulación que además, es el espacio propio de la práctica. Ello obliga a alertarnos, como dice Adorno, acerca del curso ritualizado del mundo para hacer posible



enfrentar el curso del mundo, curso ritualizado que impide que el sujeto “se reencuentre así mismo en el curso del mundo, ni tampoco modificarlo desde sí”.

Al buscar estar alertas, ante lo no devenido de la historia, como expresión de la necesidad de su construcción, la historicidad se transforma en una suerte de episteme antropocéntrica historizada, que, sin negar la fuerza de las estructuras, permita reconocer los espacios de actuación y reactuación del sujeto que transforman a lo empírico-morfológico en espacios de potenciación. De tal manera que las conexiones con lo empírico morfológico constituyen espacios de despliegue del sujeto, mediante su inserción en diferentes planos que resultan de las circunstancias.

Cuando el conocimiento se construye desde esta lógica, contribuye a enriquecer al campo de la experiencia, por lo tanto, de la propia subjetividad del sujeto, ya que permite convertir a la descripción en base de prácticas concretas. Sin embargo, para ello se requiere convertir al problema en un ámbito de sentido desde el cual llevar a cabo la construcción de conceptos.

De lo dicho resulta claro que la formación del pensamiento se concibe como el desarrollo, primero, de la necesidad, y después, de la capacidad para reconocer campos de despliegue que se transformen en opciones de sentido. Formación que refiere, por lo tanto, a la capacidad para desplegarse como sujeto en condiciones de posibilidades, creación de condiciones de posibilidad que comprometen al conjunto de las facultades del sujeto. Ello requiere de lenguajes que muestren la necesidad de nuevos predicados, aunque pero sin anticiparlos.

En esta dirección, la construcción del conocimiento implica un reconocimiento de espacios de despliegue para el sujeto, lo que supone categorías que no son las restringidas a la explicación, como la de naturaleza denotativa, pues se amplían a otras funciones que exceden a la determinación. Es así como se plantean categorías como colocación, momento, constituyente y apertura que entendemos como requerimientos propios del pensar histórico.

Implicaciones

De lo que se desprende que tengamos que revisar el concepto de realidad, en razón de que deja de ser una mera externalidad reducida a un conjunto de objetos, que, al estar disociados del sujeto, cumplen la función de objetivación pero desligados de las posibilidades de despliegue del mismo. La forma del pensar histórico reconoce un espacio



en las relaciones entre razón, imaginación e intuición, esto es, con todo el sujeto, según como pretendía Dilthey.

La colocación reemplaza la idea de objeto delimitado por la de espacios de posibilidades; el momento rompe con la idea de contenidos que sean función de particulares determinaciones, para hacerlos parte de una articulación; lo constituyente subordina la exigencia de estructura-causa, en tanto invariante, a lo necesario que puede estar abierto a muchas formas; y, por último, la apertura trasciende a lo establecido en términos de identidad para hacer posible el pensamiento desde lo indeterminado que trasciende los límites de lo dado.

En este marco, el sujeto, al trascender su capacidad de explicación, rescata su otra capacidad: la de potenciar, “aquél acicate que lo estimula a avanzar siempre más allá de lo que posee”, y que está presente en la idea de los “heroicos furiosos” de Giordano Bruno, que, en nuestra opinión, concuerda con la idea del fuego de Heráclito, siguiendo la interpretación de Gadamer. El pensar histórico pretende reflejar las dinámicas constituyentes para ahondar en la colocación y no quedarse atrapado en los límites de lo dado.

Desde esta base se complejiza la relación de objetivación hacia lo externo en la medida que ésta cumple la función de delimitar espacios para el sujeto, de manera que la construcción de contenidos se traduzca en posibilidades históricamente viables; lo que plantea tomar conciencia del sentido que permanece oculto en lo que decimos, o, bien que está subordinado a las lógicas dominantes y que se corresponde con un movimiento de la subjetividad.

El movimiento de la subjetividad se traduce en determinadas inconformidades con lo dado, pero que no se agotan en sí mismo, porque se acompañan de la voluntad de construir, aunque sin reducciones a proyecciones subjetivas, como tampoco, representando un extravío a partir de especulaciones teóricas, como ha ocurrido, con el pensamiento crítico.

Desde este movimiento de la subjetividad tiene lugar la búsqueda de lo magmático y emergente antes que registrar simple contrastación de regularidades. La historicidad plantea que la realidad es un concepto de espacios de posibilidades que dan sentido a la capacidad de construcción de la práctica humana, lo que concuerda con un concepto desontologizado de ésta, en la medida que deviene en lo que hacemos con otros; o lo que otros hacen, pero en una simultaneidad de direcciones, así como de tiempos y espacios.

Conciencia histórica como premisa del pensamiento



Hemos procurado poner de relieve una forma de razonamiento que puede dar cuenta de las emergencias de los fenómenos sociales. De un modo, o de otro, se tiene que reflejar en el lenguaje reducido a compartimientos estancos, como las disciplinas, concordante con la fragmentación del propio sujeto pensante. Definir como centro del acto de pensar a la necesidad de una visión (epistémica) que pueda traspasar los límites de los esquemas explicativos; además, que subordine cualquier constructo teórico, con pretensión de universalidad, a formas de razonamiento que den cuenta de la gestación de ideas desde la propia historicidad de los fenómenos.

Lo anterior plantea colocar como eje central del pensamiento a la conciencia histórica que coloca en el centro del debate, a la necesidad de potenciar al sujeto, lo que se manifiesta en los planos en los que se desenvuelve la capacidad del sujeto para potenciar la externalidad, pero que plantea la potenciación como el movimiento posible de activarse en lo real-externo, y el que es propio del sujeto en su capacidad para intervenir en su realidad contextual.

Porque, antes de ser un objeto de conocimiento, lo real constituye una tensión entre lo necesario de pensarse y lo que puede ser efectivamente pensado; de ahí que haya que enfrentarse con la inercia (aliada permanente del poder) que atrapa al hombre en el mausoleo de lo dado; por eso, la importancia de ubicarse, en el esfuerzo por instalarse en la historicidad con base en una voluntad sin mediación del orden, ni de decisiones precisas o apriorísticamente fijadas. El pensar como acto de inconformidad de todo el sujeto para reconocerse y reafirmarse en el propio enfrentamiento con lo incierto y desconocido.

Lo anterior trasciende al esfuerzo por encontrar certidumbres en los límites de un método restringido a “dar pasos pequeños por modestos que sean, pero que sean absolutamente controlables y seguros”, según los describen las Reglas del Método de Descartes. Si hablamos de pensar histórico estamos fuera de estos límites, ya que significa pensar desde las necesidades que surgen del movimiento de lo real, lo que supone mirar a lo más inclusivo que nos rodea; pero a la vez con conciencia de la necesidad de trascender esos límites que nos están determinando. Ello supone hacerse la pregunta desde la necesidad del momento épocal, lo que requiere de una forma de razonamiento desde lo potencial que se corresponde con el rompimiento de parámetros.

En este marco, la conciencia histórica plantea exigencias como las siguientes: (i) necesidad de sentido, en oposición a invitarnos a definir objetos; (ii) reconocimiento de espacios para el sujeto, en vez de restringirse a construir una función puramente cognitiva; (iii) construcción de opciones, en vez de ceñirse a contenidos estrictamente



disciplinarios que sean corroborables; (iv) fundamentación en la categoría de potenciación, en lugar de hacerlo desde la determinación-explicación. Por lo tanto, las preguntas han de responder a la colocación en el momento y en consecuencia, a la apertura de los límites de lo dado, en la medida que buscan organizar al pensamiento desde el desafío de lo potencial que excede los límites que fijan el rigor de la inteligencia analítica.

En consecuencia, la formulación de las preguntas tiene que recuperar la disyuntiva: a) no formularse en términos de objetos, sino de horizontes; b) no responder a requerimientos de explicación, sino de lo necesario; y c) no restringirse a una función de apropiación-control, sino de colocación; lo que obliga a reconocer distintas modalidades como las siguientes:

1) Preguntas que incorporen posibilidades de lo dado, en cuanto la denotación se construye desde la colocación. Se trata de hacer presente la incorporación de las significaciones históricas, lo que no se puede resolver sino es desde una necesidad existencial de historizarse; necesidad que, para que tenga una presencia significativa en la pregunta, no puede ser sólo una simple percepción del sujeto sino que requiere de una determinada visión de futuro, escatología o utopía secularizada, condición para que la pregunta puede dar cuenta de los ámbitos que se puedan convertir en experiencias.

2) Preguntas que se abren a situaciones contextuales inclusivas, de modo que el contenido devenga en una expresión particular de una necesidad más amplia, de tomar como referencia al contorno. En esta dirección, se plantea el reconocimiento de lo inacabado en tanto manifestación de secuencias, para denotar a lo dado como posibilidad, de modo que el significado resulta un recorte de la potencialidad concebida desde la relación entre posibilidades y prácticas del sujeto. No obstante, para ello hay que problematizar los significados establecidos, en el plano tanto teórico como histórico, pues en cualquier construcción de significado se tiene que reconocer a los parámetros que configuran a lo dado como único y sin opciones.

Ambas modalidades de preguntas traducen una virtualidad que se especifica, epistémicamente, en la relación hombre-mundo: esto es, pensar con los otros, desde los otros, ante los otros, por los otros, para los otros, y/o contra los otros, constituyendo modalidades de la historicidad según cómo ésta se hace presente en el sujeto que piensa. Y que tiene consecuencia en la gramática de la construcción de enunciados en la medida que apunta a un concepto de realidad como construcción y auto-construcción desde una red compleja de relaciones.



De esta manera, las preguntas hacen parte de diferentes etapas en el proceso de pensar: se parte de la colocación del sujeto (situación 1), seguido de la organización de la apertura (situación 2), de manera de dar lugar a un razonamiento que supere las limitaciones de la “preocupación por el conocimiento conocido” (en la terminología de Heidegger), que restringe las preguntas por la verdad “a la preocupación por la certeza”; en consecuencia, trascender las preocupaciones del método de inspiración cartesiana: “dar pasos pequeños por modestos que sean, pero que sean absolutamente controlables y seguros”.

Pensar en verbo: contenidos y trascendencias necesarias

Lo dicho representa un esfuerzo para superar las tendencias mecánicas y clasificatorias que aprisionan al pensamiento en el lenguaje de la lógica proposicional. No obstante, para liberarlo se requiere que la argumentación “no inmovilice nuestro pensamiento inquisitivo e imprescriptivo”, en términos de incuestionabilidad, remontándonos “más atrás de lo que se puede formular en un enunciado válido”.

Pero preguntar fuera de los límites de la lógica de validez e incuestionabilidad, vincula al pensamiento con las necesidades de una situación histórica vasta y compleja, como puede serlo una época. Y plantea distinguir entre lo que necesitamos decir en contraste con la forma de decirlo. ¿De dónde procede esta necesidad que está mediada por conceptos? ¿qué se oculta detrás de estos?; ¿qué se arrastra como herencia en las palabras que empleamos?.

Lo primero, es reconocer los diferentes significados que se mantienen vivos en el lenguaje, como esa “nubosidad de un significado, fijado en la convención de una buena expresión polivalente (que) hace hablar simultáneamente en el trasfondo los significados concomitantes, e inherentes a las palabras”. A este respecto, cabe señalar cómo la seducción por ganar precisión y rigor en el uso del lenguaje, terminó por empobrecerlo, ya que se ha ido perdiendo la dinámica de las palabras cuando se afirma que “las ciencias se refieren a la abstracción (pero) no hay actividad en ellas”.

En el trasfondo subyace la posibilidad de pensar o no en verbo. Y que se corresponde, en el empleo del lenguaje, de un sujeto activo con capacidad de develar, no solamente lo claro y construido, sino además ser capaz de dar cuenta del presente como momento de una secuencia que, en su devenir, se traduce en la exigencia de pensar y explorar a lo dado como siendo; en definitiva, es lo que da sustentación a la categoría de lo necesario abierta a su propio desenvolvimiento.



Por ello, cuando se piensa la necesidad desde lo dado incompleto, deviene en el ángulo para pensar todas las necesidades de trascendencia, configurando a lo real como lo que excede a lo fijado, que es desde donde nace la inconformidad que impulsa a la búsqueda de ideas que nos acechan, pero que a la vez, nos apremian. De ahí que lo dado incompleto se corresponda con la necesidad de trascendencia, como puede serlo la época desde la que problematizamos a los significados.

Problemática que rompe con la lógica del objeto, ya que nos obliga a colocarnos por sobre el límite de lo dado, lo que lleva a pensar desde lo que rompe con el principio de determinación al apoyarse en lo más inclusivo. Y lo más inclusivo puede ser la época de un momento histórico dado, que trasciende con lo puramente cognitivo.

Lo anterior supone convertir a lo determinado en desafíos de nuevos espacios que cuestionen la lógica estructuradora del poder, que busca transformar toda realidad en una situación fija y compacta. Se trata de ampliar la visión en forma de incorporar los contornos cuya función es potenciar a lo fragmentario desde las exigencias de la articulación abierta a lo indeterminado, lo que requiere de una articulación del conjunto de facultades del hombre, que Fromm define como “experiencia del hombre total”.

El desafío consiste en pensar a lo real como mundo, pues lo importante no es la búsqueda de la verdad sino de la necesidad de verdades, de manera de no caer aprisionado bajo el peso de las determinaciones dominantes, que convertimos en parámetros. Como sostuviera Ortega y Gasset (1937: 120), contribuir a que la “razón deje de ser norma imperativa y se convierta en arsenal de instrumentos”.

De este modo, el pensamiento resulta de la colocación en un momento pero asumiendo la incompletud de lo dado, en forma que los recortes de contenido se puedan leer a partir de la posibilidad que se contiene en su misma articulabilidad necesaria. Es el pensar abierto para resolver las exigencias de especificaciones nuevas.¹ De ahí que la tensión entre identidad-determinación e inclusión-inclusividad expresa la problemática de la relación objeto-horizonte. La cuestión consiste en transformar al horizonte de sentidos,

¹ Así, podemos citar el comentario que hace Putnam de W. James acerca de la naturaleza de la objetividad: “las habas pueden describirse de casi infinitos modos distintos, dependiendo de los intereses de quien las describe, y cada una de las descripciones concretas corresponderán a las habas independientemente de la perspectiva de quien los describe, pero aún así reflejarán sus intereses”. Frente a lo cual, pudiendo reconocerse que “el mundo es como es independientemente de los intereses de quien lo describe”, no puede ser “en una medida indeterminada, el producto de nuestras mentes”, pero que ello no se puede resolver recurriendo a una “fantasía metafísica”. Se plantea la necesidad de aclarar que la cuestión no se reduce a un “producto de nuestras mentes”, sino a reconocer el despliegue de lo real desde una potencialidad conforme a un sentido de opciones de construcción; lo que está reñido con cualquier implicación metafísica (Putnam, 1990)



en objeto; al sentido de lo inclusivo, en identidad; y a lo indeterminado, en determinable. Por lo mismo, se tiene que abordar la relación entre objetividad y opciones, pues la “objetividad” se encuentra en la tensión entre lo que se puede expresar en una descripción, según el sentido por el que se opte, y lo que propiamente trata lo denotado por la descripción. “Lo mismo” puede ser “diferente” según cómo se articule lo inclusivo, esto es, lo indeterminado con lo determinado.

Por una parte, lo horizontal se corresponde con una visión global conformada por un sentido valórico (v.gr. horizonte capitalista, horizonte de la democracia); mientras que lo inclusivo con la capacidad epistémica para organizar el pensamiento sin apriorismos teóricos; en tanto que lo indeterminado se corresponde con la capacidad de problematización de contenidos (debidamente clasificados, identificados, establecidos según exigencias de causa-efecto). Está claro que estamos invocando distintas dimensiones valóricas, ideológicas y analíticas, así como emocionales y volitivas, pero que son expresiones de la complejidad del sujeto.

Si el pensar histórico se desplaza hacia la articulación de niveles y momentos, ésta no puede ser el resultado de un razonamiento organizado desde premisas teórico-explicativas según un orden de factores sino más bien a partir de sentidos valóricos que condensan una necesidad de sentidos, cuya realización no se alcanza en una verdad incuestionable y con pretensiones de universalidad, sino en espacios de construcción.

Desde esta perspectiva, la objetividad se confunde con la potenciación; pero solamente si puede plasmarse mediando un proyecto que pueda darle tangibilidad a la necesidad de pensar y conocer. La función del conocimiento es detectar nudos desde los que se pueda intervenir para potenciar a lo dado en la dirección de sentido que se busca construir.

En conclusión, se establece un vínculo entre el acto de pensar y el de asumirse como sujeto; entre conocer y auto-conocimiento, que es lo que marca la singularidad de convertir a la conciencia histórica en premisa desde donde organizar el pensamiento. De ahí que la realidad siempre aparezca, según lo sostenía Ortega y Gasset, porque “la apariencia es una cualidad objetiva de lo real en su respuesta a un sujeto. Esta respuesta, es además, diferente según la condición del contemplador”.

Pensar históricamente es pensar desde la problemática de una construcción, lo que supone partir de una premisa diferente a la del discurso científico. Por esta razón no es exagerado sostener que haya autores que han traspasado los límites de premisas estrechamente vinculadas a la exigencia de verdad, aunque no siempre se asume el cambio de paradigma en que incurren. Es el caso de Marx con sus varias racionalidades coexistentes, como lo ha señalado Sacristán, o el caso de Castoriadis cuando pasa de lo



instituido a lo instituyente, además de sostener que los fenómenos de la sociedad humana no se explican.

Desde hace tiempo se observa un quiebre en los límites del paradigma explicativo, no obstante seguimos enfrentados a formas de razonamiento con un fuerte predominio de la lógica asertoria y poca elaboración de lo modal. Estamos un tanto prisioneros de un sistema categorial que insiste en prever desde causas, sin percatarse de que muchas veces no son más que extrapolaciones ideológicas, o valorativas, a partir de determinadas premisas. Es el significado que reviste lo que decimos acerca del predominio del predicado por sobre la necesidad de la situación.

Desde este plano problemático la cuestión central reside en abordar el movimiento de las situaciones históricas sin apriorismo, de manera de dar cuenta de la potenciación entendida como lo posible de ser activado por la praxis humana, ya sea como individuo o como colectivo social. De ahí que cuando pensamos a partir de esta exigencia asuma una importancia central la formulación de la pregunta, pues en ella es donde se definen las condiciones para tomar conciencia de aconteceres que pueden tener lugar, en diferentes modos de concreción y dirección de horizontes de posibilidades, en vez de querer resolverlo en el plano de los predicados que buscan reducir la cuestión a afirmaciones de contenidos pretendidamente bien cimentados.

Pensamos en las dinámicas históricas que son los espacios en los que tiene presencia el desenvolvimiento de los sujetos, por lo mismo que no pueden ser externos, menos todavía ajenos, a estos como si fueran objetos respecto de los cuales se construyen afirmaciones corroborables.

Perspectivas

De manera más operativa, podemos traducir lo anterior en relaciones entre nivel en un mismo momento, o bien entre niveles y relaciones entre momentos, desde los que tiene lugar el despliegue o repliegue, emergencia, desarrollo y transformación de los sujetos. Es el plano de lo individual y de las diferentes modalidades de lo colectivo, ya que, según sea la inserción del sujeto en un nivel y relaciones en un momento, o entre momentos, será su capacidad de construcción con base a una menor o mayor autonomía.

Si el sujeto se ubica en un nivel reducido a un momento, sin mayores perspectivas temporales, tendrá una limitada capacidad de intervención; en cambio, si el sujeto es capaz de situarse en diferentes niveles, debidamente articulados, sin reducirse a un momento sino en la perspectiva del movimiento del momento hacia otros estados de



desenvolvimiento, tendrá mayor autonomía respecto a sus determinaciones más inmediatas, y, en consecuencia, mayor capacidad de intervención y construcción.

La problemática refiere a espacios y tiempos en los cuales tiene lugar el despliegue de los sujetos, por lo mismo, en la medida que estos conforman la dinámica de la realidad socio histórica, son fundamentales para la construcción de la relación de conocimiento desde su mismo inicio, como lo es la formulación de las preguntas generadoras de conocimiento. Y abrirse de ese modo al devenir de los procesos históricos sin anticipar definiciones cerradas en torno a cuestiones tales como lo que se entiende como normal o excepción, o bien relativas a la naturaleza de los grupos dominantes y dominados; así como enfrentar la problemática de las subjetividades conformadas por el trabajo y el capital, o las cuestiones relativas a la sociedad nacional y su relación con el Estado, sus transformaciones y el funcionamiento del poder y de su capacidad para plasmar modos de vida, a partir de su manipulación del sistema de necesidades.

Las preguntas han de tener como desafío la denotación de modos de concreción abiertos a su devenir, en el marco de coordenadas de tiempo y espacio, que, propiamente, constituyen espacios de posibles despliegues de los sujetos. Es lo que obliga a recuperar la idea de movimiento molecular de las estructuras.

Desde esta perspectiva, es pertinente plantearse las estructuras de las preguntas con las que poder delimitar problemáticas, que, en términos formales, se traduce en enfrentar la relación entre objeto y situación. En efecto, cualquier tema se puede descomponer en un objeto y en su situación, con la advertencia que el momento histórico no se observa en el objeto sino en ésta, pues es allí donde se pueden encontrar la configuración del objeto en términos de nivel y relaciones, ya sea en un momento o entre momentos.

En este sentido, la definición del objeto (v.gr.: poder, estado, violencia, conflicto, pobreza, etc.) se puede construir en términos de sincronías que excluyan relaciones o que incluyan relaciones; así como en términos de diacronías excluyentes o incluyentes de relaciones entre niveles. Todo lo cual, en el marco del uso del lenguaje, se relaciona con la naturaleza de la articulación a que refiere la denotación de los conceptos, según sea la solución que se pueda dar a la presencia del sujeto y a la amplitud de lo denotado. Todo ello a punta a la índole que reviste la concreción de lo que se define como problema, que, entre sus implícitos, se encuentran diferentes combinatorias entre sujeto, verbo y predicado.

De ahí que se plantean dos ejes estructuradores en la construcción de enunciados, pues no solamente predicen atributos sino que también son reflejo de determinada



necesidad de sentidos; necesidad de sentido que se expresa en articular predicados atributivos:

- a) El eje del sujeto activo-pasivo, en singular o plural, que plasma un determinado sentido a la proposición construida en base a la naturaleza que asume a la presencia del sujeto; y
- b) el eje nivel-relación en un momento, o relación entre momentos, que refiere a la posibilidad de reconocer márgenes de potenciación de lo denotado; que refiere a la amplitud de lo denotado.

En lo que se concierne a la incorporación del sujeto, puede asumir, a partir de las formas gramaticales, la modalidad de activo o pasivo. En este sentido, tenemos la situaciones desde el papel “pasivo-individual” del sujeto, asumiéndose desde determinados niveles, en un momento, que, en el mejor de los casos lleva a ubicarse en lo inmediatamente dado; al rescate “pasivo-plural” con un nosotros de referencia, también desde un nivel en un momento, pero que lleva a ubicarse en lo mediatamente dado con ciertas expectativas, aunque no necesariamente con proyecto.

De esta situación se puede pasar, tanto en el plano individual como grupal, a asumirse como sujeto desde una exigencia de relaciones entre niveles aunque en la perspectiva de la secuencia de momentos, en cuyo caso la ubicación es lo dado pero como base de posibilidades en un momento, que, además, cuando se agrega la dimensión plural del nosotros, se puede caracterizar por el rasgo de lo pertinente socialmente.

En efecto, cuando desde el sujeto activo-plural se asume la relación entre niveles en el marco de la secuencia de momento, estamos en presencia de una voluntad con capacidad de intervención que se traduce en la construcción de enunciados.

En lo que decimos se quiere destacar cómo en el uso del lenguaje se reflejan posturas frente al mundo, relaciones del hombre con sus posibilidades, pues en el uso del lenguaje se contiene un *ethos*, una disposición, una suerte de vibración espiritual, como también, por el contrario, se puede contener cierta opacidad que auto-limita relaciones conformadas por situaciones determinadas.

Las inter-determinaciones entre las relaciones de ubicación en un momento y la fuerza o debilidad con que se utiliza el lenguaje conforman una situación que captura al sujeto, la cual puede romperse por dinámicas externas emergentes, pero también por la fuerza del propio modo de usar las palabras. En el lenguaje se contienen tanto los horizontes de posibilidades como las paredes que pueden aprisionar al sujeto en una situación dada.

Buscamos discutir, para una mejor organización del pensamiento, cómo tiene lugar en el uso del lenguaje el auto-posicionamiento del sujeto, según sea activa-pasiva su



presencia, lo que se corresponde con la amplitud que asume el compromiso del sujeto con su propio decir, en cuanto a las facultades que compromete en el uso del lenguaje. En este sentido, queremos darle rango epistémico y psicológico a la composición de elementos que hacen parte del modo de incorporación gramatical del sujeto. Se puede simplificar lo dicho en el siguiente esquema:

Sujeto pasivo-individual/en un nivel/en un momento
Sujeto pasivo-individual/en relación de niveles/ en secuencia de momentos
Sujeto pasivo-grupal/en un nivel/en un momento
Sujeto pasivo-grupal/en relación de niveles/en secuencia de momentos
Sujeto activo-individual/en un nivel/ en un momento
Sujeto activo-individual/ en relación de niveles/ en secuencia de momentos
Sujeto activo-grupal/en un nivel/ en un momento
Sujeto activo-grupal/ en relación de niveles/en secuencia de momentos

El esquema presentado plantea la capacidad para ubicarse ante lo inmediatamente dado sin movimiento, o ante lo inmediatamente dado desde sus propias potencialidades; lo que hay que completar con lo que decimos acerca de la amplitud de lo denotado en la construcción gramatical del sujeto, sea este activo o pasivo, individual o grupal. En efecto, surge la necesidad de abordar la cuestión de la naturaleza de la amplitud de lo denotado, ya que lo que decimos, para poder dar lugar a la capacidad del sujeto, se tiene que relacionar la naturaleza del sujeto con lo denotado.

La relación con lo inmediatamente dado se puede organizar desde simples afirmaciones asertorias, o bien formularse desde una disposición de intervención para activar a lo dado, lo cual lleva a formular preguntas como las siguientes: ¿cuáles son las condiciones psicosociales y cognitivas que están siendo exigidas en cada una de estas situaciones?; ¿cómo se pueden establecer las relaciones entre estas exigencias formales y las que plantean las problemáticas histórico sociales?

La amplitud que puede asumir la denotación tiene relación con la que puede asumir la presencia del sujeto. La razón de ello es porque no solo el sujeto organiza contenidos, sino que estos se transforman en espejos en los que este se puede mirar, en la medida que el pensar histórico refiere a un conjunto articulado de delimitaciones que representan espacios de despliegue para el sujeto. Espacios con sentido que conforman en contenido de la conciencia histórica, lo cual implica la idea de transformar al predicado en posibilidades de potenciación: esto es, en capacidad de intervención. De ahí que asumimos a un sujeto activo, podemos aceptar que la capacidad predicativa contiene una



disposición de intervención que se traduce en el paso, en la formulación del enunciado, del nivel/momento a relaciones entre niveles/ entre momentos, lo que implica que lo predicativo refiere a una capacidad de potenciación.

Consideramos algunas ilustraciones que contribuyan a una mayor claridad del planteamiento.

Ilustración sobre construcción de enunciados acerca de estado y democracia

Estos ejercicios refieren a la incorporación del sujeto y a la amplitud de lo denotado:

I. SOBRE EL SISTEMA POLÍTICO

a.- En relación con la incorporación del sujeto

1.- (sujeto pasivo): el Estado es un conjunto de instituciones cuya función es controlar el ejercicio del poder.

2.- (sujeto activo): el Estado es el espacio de participación en los centros de decisión.

3.- (sujeto individual): la democracia conforma un espacio para desarrollar las capacidades de participación y decisión.

4.- (sujeto plural): la democracia es el espacio de grupos con la capacidad de plantear reivindicaciones en competencia con las demandas de otros grupos; o bien, la democracia es un instrumento para el desarrollo de una pluralidad de grupos con sus respectivos proyectos.

b.- En relación con la amplitud de lo denotado

1.- (nivel/momento): la democracia representativa constituye una modalidad de reorganización estatal que garantiza el respeto de los derechos humanos.

2.- (relación entre niveles/momento): la democracia es una forma de reorganización del poder político que garantiza los derechos sobre la base de darse una economía de participación social.

3.- (relación entre niveles/entre momentos): el Estado puede ser políticamente democrático si el crecimiento económico se puede sostener en el largo tiempo.



II. SOBRE LA EDUCACIÓN

a.- En relación con la incorporación del sujeto

1.- (sujeto pasivo): la educación es un subsistema del sistema cuya función es crear la subjetividad funcional a sus necesidades.

2.- (sujeto activo): la educación, aun en su carácter de subsistema, constituye un espacio de proyectos de formación que pueden reconocer diferentes contenidos y prácticas.

3.- (sujeto individual): la educación sin la práctica docente del profesor se reduce a un conjunto de normativas programáticas sin un sentido claro para los sujetos.

4.- (sujeto plural): la educación resulta determinada en sus resultados por el desempeño de los profesores en el aula, según ésta es afectada por las posibilidades de impulsar trabajo en equipo. O bien: la educación resulta determinada en sus resultados por el desempeño de los profesores según puede ser afectado por su afiliación a grupos de presión de carácter reivindicativo.

b.- En relación con la amplitud de lo denotado

1.- (nivel/momento): la educación cumple la tarea de abordar problemas de quienes están en situación de educarse en forma de compensar posibles de ajustes sociales.

2.- (relación entre niveles/momento): la educación cumple la función de capacitar para determinadas estrategias de desarrollo, según los requerimientos planteados por la necesidad de competencia en el mercado mundial.

3.- (relación entre niveles/entre momentos): la educación es un instrumento para crear las condiciones culturales y técnicas necesarias para garantizar la capacidad para reconocer, en el marco de un país, las opciones de estrategias de desarrollo, más allá de la que sea dominante en el momento.

III. SOBRE LA POBREZA

a.- En relación con la incorporación del sujeto

1.- (sujeto pasivo): la pobreza es la insuficiencia de recursos económicos para poder satisfacer las necesidades materiales básicas.



2.- (sujeto activo): la pobreza es la consecuencia económica de comportamientos irresponsables.

3.- (sujeto individual): la pobreza es propia de personas que son irresponsables por estar desadaptados.

4.- (sujeto plural): la pobreza económica puede resultar de la incapacidad para apreciar las oportunidades intervinientes, en razón de ceñirse el comportamiento a grupos de referencia externos al propio.

b.- En relación con la amplitud de lo denotado

1.- (nivel/momento): la pobreza está determinada en su magnitud por la falta de acceso a ocupaciones estables.

2.- (relación entre niveles/momento): la pobreza económica resulta de situaciones culturales que impiden una mejor racionalidad en la organización de los recursos disponibles.

3.- (relaciones entre niveles/entre momentos): la pobreza económica refleja un proceso un proceso de empobrecimiento en el tiempo que se relaciona con políticas de exclusiones económicas y sociales.

Recapitulación

Los ejercicios anteriores representan ejemplificaciones mínimas de lo que significa dar cuenta de la complejidad dinámica de lo dado. Son matices de énfasis en la forma de construir denotaciones que contienen palabras y relaciones que pueden reutilizarse en cualquier situación, aparentemente sin modificar su significado, pero que en el trasfondo se abren a sentidos nuevos, por lo tanto a ilustrar universos semánticos diferentes. Se puede de hecho hacer un juego de orquestación entre estos enunciados, pudiendo avanzar en proposiciones más completas y definitivas, pero el propósito más bien ha sido mostrar algo de por sí evidente: que la realidad que nombramos siempre reclama estar alertas frente a ella para no reducirla a enunciados que, tras su pretendida científicidad, encubren recortes que responden a sesgos en las lecturas que hacemos de los que nos ocurre y circunda.



Resonancias y desafíos

La complejidad de las preguntas obedece al deseo de abordar cuestiones existenciales que no son ajenas al quehacer cognitivo: es la dialéctica interna de la condición humana. Pues ¿puede terminar la animalidad del hombre por imponerse sobre lo humano de ese animal? ¿Cómo frenar la animalidad proclamada por el capitalismo y potenciar lo humano? Desafíos de esta naturaleza son los que subyacen al esfuerzo por avanzar en cómo preguntar para lograr una mejor construcción de la sociedad.

No podemos dejar de considerar que en el quehacer propio de la construcción de conocimiento siempre subyace la dialéctica profunda de articulación entre los fenómenos que conforman los espacios en los que tienen lugar el desarrollo de la capacidad de construcción del hombre. En efecto, ¿esto construye para negarse? Pero ¿cómo potenciar sus capacidades positivas? ¿cómo frenar las irracionalidades de su conducta?

En la sociedad actual se puede constatar la presencia, a veces dominante, de aspectos animales muy potenciados por el sistema económico que lleva a colocar en el centro del debate a la relación entre modelo de sociedad y modelo de hombre.

Referencias bibliográficas

Benjamin, W. (1999), *Ensayos Escogidos*. México: Ediciones Coyoacán.

Gilly, A. (2010), "El Águila y el Sol" (Genealogía de la rebelión, política de la revolución). En *La Jornada*, 20 de nov. de 2010.

<http://www.jornada.unam.mx/2010/11/20/index.php?section=opinion&article=004a1pol>

Ortega y Gasset, J. (1937), *El tema de nuestros tiempos*. Santiago de Chile: Editorial Cultura.

Putnam, H. (1990), *Representación y realidad*. Barcelona: Gedisa.

Wizisla, E. (2007), *Benjamin y Brecht, Historia de una amistad*. Buenos Aires: Paidós.